

con la vista tanta extension de terreno como desde la gran torre de la grande iglesia de UTRECHT. *Veinte grandes ciudades* se alcanzan á ver desde allí. La pequeña elevacion del terreno de la provincia de UTRECHT, le proporciona ya dominar todos los *Paises-Bajos*, sin la mas leve prominencia que lo estorbe. La jóven hija del campanero (cuya familia tiene su habitacion en la misma torre) nos habia deparado un hermoso antejo, y ella misma nos indicaba los puntos á que habiamos de dirigir la visual. « Desde aquí, Pelegrin (le decia yo), desde aquí sí que se ve bien la multitud innumerable de rios, de mares, de lagos y canales que inundan la Holanda : ¿ los ves bien ? — No señor, no veo gran cosa. — Pero hombre, ¿ cómo has de ver si no cierras uno de los ojos ? — Es que ambos me hacen falta, mi amo : el uno le dirijo al antejo, y el otro á esta linda muchacha, que juro por mi ánima que por mucho que pueda ver desde la torre, no veré cosa que me guste tanto como la torrera. — Ya se ve ; en ese caso excusado es que te molestes en echar el antejo. »

La torre estaba en reparacion, y por supuesto no podia faltarle su *carillon* ó campanario de música como todas las torres de Holanda. Habiéndonos cogido allí la hora de las tres, tuvimos el gusto de verle sonar una tocata, si bien no con poco atronamiento de nuestros tímpanos.

Desde allí nos fuimos á uno de los templos *jansenistas*. No es extraño que haya cuatro iglesias *jansenistas* en UTRECHT, habiendo pertenecido *Jansenio* á su Universidad. La que nosotros vimos era pequeña : desde luego se la distinguia de las protestantes en el hecho de tener altares, y muchos cuadros de San Agustin, cosa muy propia de un templo que llevaba el nombre del célebre autor del *Augustinus*. Cuando nosotros entrámos, todos los concurrentes se hallaban sentados con la espalda vuelta hácia el altar mayor. Poco faltó para que Tirabeque armara allí un escándalo con este motivo. — ¡ Habráse visto (decia) irreverencia igual ! Señor, ese *Jirsenio* ó *Jarsenio*, ¿ fué acaso algun hereje que enseñara que se deiba volver la espalda al altar, como lo hacen estos parroquianos ? Porque en esto de herejías, mi amo, ha habido tantas barbaridades..... ! — De herejes (le respondí) califican los jesuítas al famoso obispo de Ypres, y por tales tienen las cinco célebres proposiciones sacadas del *Augustinus* de Jansenio, apoyándose en las bulas de Inocencio X, y de Alejandro VII ; pero otros, Pelegrin, sostienen que Jansenio y los *jansenistas* son la quinta esencia del mas puro catolicismo. De todos modos esto

de volver la espalda al altar y al sacramento, estoy seguro que no hace parte de la doctrina del compilador de San Agustin.

Pero yo extrañaba como Tirabeque aquella manera inusitada de sentarse en el templo. Pedí á nuestro *commissionnaire* la razon de ello, y no supo dármela. Pregunté á otras varias personas de las que allí habia, y todas me hablaban en holandés. En esto entró el sacerdote : á su entrada se levantaron todos los que estaban sentados y volviendo caras al altar, se arrodillaron sobre las mismas sillas apoyándose en su respaldo. Entónces ya comprendimos Tirabeque y yo el misterio de la anterior postura, y ya le comprenderá el lector tambien. Durante las vísperas todo el mundo estuvo *flexis genibus*, y con la mayor devocion ; pero concluidas que fueron, los que quedaban esperando en el templo la salida de los otros, volvieron á sentarse en la misma forma que anteriormente.

Sobre el asiento de la silla cada uno tenia su almohadoncito correspondiente, y no habia nadie, especialmente las señoras que no tuviese tambien su calentador ó rejilla de hoja de lata con fuego para los piés. Parecióronme á mí, Fr. Gerundio, estas comodidades no muy arregladas á la austeridad evangélica de que lleva tanta fama el *jansenismo*.

La ceremonia de las vísperas, salva sea la mayor concurrencia, no se diferenciaba mucho de las vísperas católicas rancias de por acá.

Gabinete de agricultura.

El palacio que habitó Luis Bonaparte en UTRECHT cuando fué rey de Holanda, se halla actualmente destinado á *Gabinete de Agricultura*, ó sea á Conservatorio de toda clase de modelos de los ramos de agricultura, ganaderia, horticultura y demas que con estos tienen alguna analogia, parentesco ó relacion.

Allá fuimos aquella tarde. Un jóven conserje, tan amable como instruido, se tomó el trabajo de explicarnos minuciosa y detalladamente la procedencia, uso y aplicacion de cada uno de los utensilios é instrumentos pertenecientes á cada ramo de industria. « He aquí la sala de los arados : este es el arado de Suiza ; este el de Dinamarca ; este el de Polonia ; este el de Suecia ; este otro el de Italia ; aquel otro el de Inglaterra ; el de mas allá el de Francia ; aquel el de los Estados Unidos... he aquí el modelo de otro que acaba de inventarse en Alemania : ved el que temenos adop-

tado en el país. — Segun eso, aquí tenéis modelos de los arados que se usan en cada reino ó estado. — De todos los del mundo. — ¿Y dónde está, preguntó Tirabeque, el arado de España? — ¡Oh! perdon le respondió: de España no tenemos aquí: ¿se ha inventado alguno que ofrezca ventajas? — No, señor, respondió Pelegrin: allí siguen usándose los primeros que hubo en el mundo, pero cogemos mucho pan!

Del salon de los arados nos llevó al de los modelos de sembraderas; y tomando en la mano puñados de granos, simientes ó legumbres, nos explicaba prácticamente el método adoptado en cada país. — Tampoco tenemos, añadió, el modelo de sembraderas de España; vos pudierais acaso darme una idea de él. — Sí, señor, respondió Tirabeque. Y tomando una almuerza de grano, la derramó por todo el salon. El conserje se quedó mirándole, como sorprendido de verle tomarse aquella libertad. « No me miréis, le dijo Tirabeque, que así se siembra en España. — ¡Diablo! — No hay diablo que valga; allí se tira el grano á puñados, ¿entiende Vd.? en seguida se echa el labrador á dormir, y *laus deo*: llega el tiempo de la cosecha, y viene tanto pan que no sabemos dónde meterlo. — ¡Diablo! Pues si allí se cultivaran las tierras con arreglo á los adelantos que se han hecho en el ramo agrícola, sería país que pudiera abastecer de cereales á toda Europa. — Y mas tambien, sí, señor; pero á los españoles no hay que sacarlos de arar y sembrar como sembraron y araron sus bisabuelos, y quieren mas cuatro holgando que ocho trabajando, y aquella es gente que se contenta con poco; y cojan ellos pan para el año, y *consumatum est*; que si en otras partes no lo cogen, que coman patatas, que ellos no se lo han de ir á llevar, porque esto de hacer viajes es cosa que incomoda, y para cuatro dias que se pueden vivir, es una simpleza darse malos ratos. »

Oía el conserje sorprendido las verdades de Tirabeque sin acertar á comprenderlas. Y sin replicar palabra nos fué llevando de salon en salon, y enseñándonos aquí la coleccion de modelos de toda clase de trillos; allí cuantas formas de carros se han inventado; acá un depósito de todo género de hoces ó segaderas; allá un almacen de hielos y aventadores; y en seguida todas las especies conocidas de colmenas, de establos y pesebreras, de todo en fin lo que se ha descubierto de mas útil y ventajoso, de mas económico y sencillo, para las labores de la agricultura, para la ería y conservacion de los ganados, y de cuanto con estos ramos tiene alguna afinidad y analogía. No sé que pueda haber un ga-

binete de agricultura mas rico. No se ha inventado sistema, no se ha adoptado instrumento de labranza en país alguno, de que no haya modelo en el gabinete de UTRECHT.

¿Para qué están allí estos modelos? ¿Acaso los tienen solo por lujo y ostentacion? Nada ménos que eso. El gobierno de Holanda los hace ensayar, y aquel que se encuentra mas ventajoso, aquel que da mejores resultados, aquel manda adoptar en el país, y aquel adoptan dócilmente los naturales. Así la agricultura y la ganadería se encuentran en Holanda en el estado mas floreciente que imaginarse puede. Por eso dije en capítulo de *Gante*, que aun habíamos de topar con tierras mejor labradas que las de Bélgica.

Lo que á Tirabeque y á mí nos desconsolaba, lo que nos abrasaba y consumía, no haber hallado en aquel inmenso gabinete universal, un solo modelo de instrumentos agrícolas de España, uno solo siquiera, nadie lo puede calcular bastante. « Señor, me decia, ¿que no tuviera yo aquí una azuela ó un diablo, y un madero cualquiera, para hacer un arado ó siquiera una ahijada, y dársela á este conserje para que la pusiera ahí en un rincon, y pudiera decir: «este es el modelo de la ahijada con que los labradores españoles arrear los bueyes!»

Con esta idea y con la noche, que eran dos oscuridades á un tiempo, salimos del Conservatorio de agricultura, y nos retirámos al hotel.

El papa Adriano VI.

Acostámonos temprano, no pesándoles de ello á nuestras corporales humanidades que sin esperarlas se encontraron sobre blandísimos colchones de pluma. Y siguiendo nuestra costumbre de platicar un rato de cama á cama, «estámos, Pelegrin, le dije, en la patria del papa Adriano VI, único pontífice que ha salido de los Países-Bajos. — Señor, ¿y qué tenemos nosotros con el papa Adriano VI? — Una friolera, hombre. Se trata precisamente de un sugeto, que de *hijo de un carpintero* de UTRECHT llegó á ser *Regente de España*. — ¡Hola, hola, mi amo! Eso ya es otra cosa. ¿Con que ya hemos tenido en España otro regente hijo de carpintero? ¿Y cuándo fué eso, señor? Cuénteme Vd. — Te diré; en tiempo de Fernando V fué Adriano embajador de España: aquel monarca le hizo obispo de Tortosa; despues fué regente del reino con el cardenal Giménez de Cisneros, y por último Carlos V le hizo virey ó vicegerente suyo poco ántes de ser nombrado

pontífice. En Vitoria fué donde se vistió por primera vez de pontifical. Con que mira tú si tiene por qué interesar á los españoles la historia de este hijo de UTRECHT.

— Y diga Vd., mi amo; ¿qué tal regente hizo el señor Adriano? — Por de contado, Pelegrin, su máxima favorita era, « *que debian buscarse hombres para los empleos, no empleos para los hombres.* » — Señor, con eso solo me va oliendo á mi ya á buen regente; y ojalá se le pareciera en eso el otro regente que tenemos ahora en España. — Fué hombre, Pelegrin, que murió diciendo: « *la mayor desgracia que he experimentado en el mundo es haber tenido que mandar.* » — Para eso yo estoy libre de esas desgracias, señor; toda la vida estoy pidiendo á Dios que me haga desgraciado, y no lo puedo conseguir. Ahora Vd. me dirá si en el tema ese se parecía el regente de España de aquellos tiempos al regente del día. — Así lo manifiesta tambien el nuestro, Pelegrin. Pero lo que puedo decirte es que á pesar de tan buenas máximas, y de las costumbres puras que atribuyen á Adriano VI, todavía hubo quien á su muerte escribió sobre la puerta de la casa de su médico: « *al libertador de la patria.* » Para que veas si los que mandan pueden contar siempre con enemigos, por buenos regentes que seán. Bien decia él que era una desgracia el mandar.

Un ronquido de Tirabeque me avisó de haberse dormido, y se acabó la conversacion.

La paz de Utrecht.

Dos grandes acaecimientos han hecho célebre la ciudad de UTRECHT; acaecimientos trascendentales para toda Europa, mas trascendentales todavía para España. En UTRECHT fué donde los estados de los confederados declararon las Provincias Unidas independientes de España y echaron los cimientos de su poderosa República. En UTRECHT fué donde dos siglos despues (año 1713) se firmó el famoso tratado conocido con el nombre de *Paz de Utrecht* que puso término á las sangrientas guerras de sucesion, y que forman unas de las épocas mas memorables de la historia moderna.

Pues bien, al siguiente dia de mi llegada á UTRECHT me levanto temprano, llamo á Tirabeque, hacemos acudir á nuestro guia, y juntos nos dirigimos á la casa de ayuntamiento ú *hotel de ville*, en uno de cuyos salones se firmó la famosa PAZ (no habiéndolo verificado el dia ántes, como en mi impaciencia hubiera querido, en razon á que en el palacio municipal se estaba de obra, y como

domingo que era no se trabajaba, y se hallaba cerrado). Una nueva y bellissima fachada de piedra acababa de hacerse en la casa consistorial de UTRECHT: los salones interiores se hallaban todavía en reparacion; se habia dado al edificio una nueva forma. El guia nos llevó á una sala baja, y nos dijo: — « He aquí la sala en que se hizo el célebre tratado de que vos tendréis noticia. »

Hállome pues, yo Fr. Gerundio, dentro del salon en que se firmó la renombrada *paz de Utrecht*. ¿Creeréis acaso, hermanos míos, que me encuentro rodeado de viejos archivos, de retratos de embajadores y plenipotenciarios, de reyes y príncipes? Pues no, que me hallo entre pedazos de maderos viejos, entre ladrillos partidos, y entre fragmentos de escombros, lleno de polvo, y expuesto á que me aplane un trozo de su techumbre. El salon del tratado va á ser reformado tambien: el lujoso ornato del gusto moderno va á reemplazar sus antiguas severas formas. Perdonen los holandeses si en este punto un humilde español se atreve á hacerles un cargo de profanacion á la venerable antigüedad. Los lugares históricos son como los poemas épicos; el tinte y sabor al *vetus et antiquum* es el que les da la ilusion: en entrando el *nova sint omnia*, la ilusion desaparece.

— Diga Vd., mi amo (me preguntaba Tirabeque): ¿no podrá Vd. explicarme á qué diablos se redujo esa *paz de Utrecht*, que yo tambien he oido nombrar muchas veces sin entenderla nunca? — Te diré, Pelegrin.

Hácia fines del siglo XVI, el rey de Francia, Luis XIV, al frente de un ejército de cien mil hombres se hizo dueño de la ciudad de UTRECHT y de muchas otras de Holanda, con tal rapidez, que á sus conquistas se compuso el siguiente dístico:

*Una dies Lotharos, Burgundos hebdomas una,
Una domat Batavos luna; quid annus erit?*

Que traducido al español, quiere decir:

Conquistó la Lorena en solo un día,
La Borgoña domó en una semana,
En una mes de la Holanda se hizo dueño,
¿Qué fueran en un año sus hazañas?

Pero tan rápidas como fueron las conquistas fueron despues las pérdidas, que así pasan las glorias de este mundo, Pelegrin. Lo cierto es que á principios del siglo XVII la Francia y Luis XIV se vieron á dos dedos de su perdicion, que en tal estado llegó á po-

nerlos el duque de *Marlborough*, que mandaba el ejército de los aliados. Las guerras de sucesion traian entónces enredada y revuelta toda la Europa, y andaba un lío y un zipazape entre el Austria y la España, entre la España y la Holanda, entre la Holanda y la Inglaterra, entre la Inglaterra y la Francia, y la Francia y Cataluña, y entre Felipe V y el archiduque Carlos, y el archiduque Carlos y Luis XIV, y Luis XIV y la reina Ana, y la reina Ana y la duquesa de Marlborough, y el duque de Marlborough y los torys y wigs y los alemanes y los austriacos y los holandeses y los españoles y los franceses y los ingleses y los catalanes, que era una gloria el ver como se degollaban unos á otros á quien mas podia, y sobre quien se habia de calzar esta ó la otra corona, ó dos á un tiempo si la fortuna se les mostraba tan larga como la ambicion.

El archiduque de Austria Carlos, aspiraba á la corona de España, y ayudado de los catalanes sacudia el polvo á Felipe V, y Felipe V á su vez ayudado de los franceses, solia cascar las liendres al archiduque Carlos; pero todos temian á un tiempo : Luis XIV temia que Felipe V reuniera la corona de Francia á la de España, para lo cual ya no habia mas estorbo que el hijo segundo del Delfin, que era enfermizo y enteco por demas, y estaba hecho un enclenque : temíase tambien que si el archiduque salia vencedor, reuniria las dos coronas de Austria y España, y todos eran temores por todos lados, y todo era guerras y batallas y desolacion y mortandad y ruina.

Muere en esto el emperador José de Austria, y recae la corona en su hermano el archiduque; y esta y otras combinaciones que sería largo de referir, inspiraron el pensamiento de arreglar todas las diferencias por medio de un tratado. Celebráronse las conferencias en *UTRECHT*, y se firmó la famosa *paz* bajo estas principales bases : que se reconocia á Felipe V por rey de España y de las Indias, con la condicion de que cediese Gibraltar y Menorca á los ingleses ; la Sicilia al duque de Saboya ; Namur y el Luxemburgo al elector de Baviera, y los reinos de Nápoles, Cerdeña y ducado de Milan, á la casa de Austria : y entónces fué cuando Felipe V, para alejar toda sospecha de que aspirase á reunir la corona de Francia con las de España, se empeñó en hacer la famosa *Ley Sálica*, por la que quedaban las hembras sin derecho á suceder á la corona, y que tan mal oficio nos ha hecho hasta en nuestros dias : que al archiduque Carlos se le reconoceria por emperador de Austria : que los alemanes se obligarian á evacuar la

Cataluña : que á Luis XIV se le restituirian várias plazas de la Flándes francesa, y que los ingleses serian los únicos que pudiesen vender negros en la América española.

Á esto vino á reducirse, Pelegrin, la famosa *paz de Utrecht*, con la cual todos se conformaron mas ó ménos, excepto el *duque de Marlborough*, valiente guerrero y entusiasta de la libertad. En prueba de ello te contaré una anécdota muy curiosa.

Cuando murió el duque, la duquesa su viuda ofreció una suma considerable al que hiciese el mejor epitafio para su esposo. Hicieronse muchísimos, se cotejaron, y se escogió por mejor... ¿cuál dirás? el que habia hecho su esposa, que era como sigue :

« Aquí yace Juan, duque de Marlborough,
que no dió batalla que no ganara, que no
sitió ciudad que no tomara, que no empen-
dió negociacion que no tuviera un éxito feliz.

» Oh tú, cualquiera que seas, si la Europa
es libre, si tú lo eres; agradecese lo á Juan,
duque de Marlborough. »

Le doy á Vd. las gracias, mi amo, por todas esas noticias ; y supuesto que ya la *paz* queda firmada, sería yo de parecer que nos fuéramos á almorzar *en paz* y en gracia de Dios. — Hombre, ya que estamos aquí, debemos ántes ver la Universidad, si no está léjos. — En efecto, respondió el *commissionnaire*, no está distante. — Ea, pues vamos allá.

La Universidad.

Aun no estaba abierta, pero llamámos en casa del conserje, el cual á la primera insinuacion nuestra, echó mano á las llaves y salió acompañándonos.

Nos llevó primero á una sala baja, adornada con los retratos al óleo de todos los doctores antiguos y modernos. — Aquí (nos dijo), tan pronto como uno se gradúa se saca su retrato y se coloca en esta sala. — Léanse entre ellos nombres muy respetables y muy conocidos en la república literaria, especialmente en la carrera de la legislacion, en cuya enseñanza ha sobresalido la Universidad de *UTRECHT* tanto como ha sido afamada la de *LEIDA* en el ramo de medicina.

Entrámos en la *sala de promociones*, ó sea aula de grados, decorada con las banderas de las Provincias Unidas, y bordado en ellas el blason de las armas de Holanda, á saber, los dos leones con el

lema : « JE DEFIENDRAI. » En el lienzo ó pared fronteriza del aula se veía pintado un *Sol* alegórico con esta inscripción : « *Sol Justitie illustranos.* » — Señor, exclamó Tirabeque, aunque como he dicho á Vd. ántes entiendo poco el latin de los Países-Bajos, páreceme que el sol de justicia no ha alumbrado gran cosa á los doctores de esta Universidad, á lo ménos con los rayos de la ortografía, porque si la ortografía de aquí es como la de allá, tengo para mí que en el *Justitie* debería haber una *coma*. — Así es la verdad, Pelegrin; y veo que estás hoy mas docto de lo que de costumbre tienes. — Señor, es que como no he almorzado, tengo los sentidos muy expertos. — Comprendo la insinuacion, Pelegrin, y espera un poquito, que ahora iremos.

— « Ved aquí, nos dijo el conserje, el traje de ceremonia de los doctores. » Era una especie de balandran con mangas pérdidas y cuello blanco semejante al de los elérigos, y un bonete con borlas.

— « Estos son los sombreros del graduando y del doctor padrino. » Eran unos sombreros de tres picos de una forma rara y particular.

Visitámos otras aulas, gabinete de fisica, biblioteca, etc., y al despedirnos del conserje le pusimos un par de florines en la mano. Los recibió sin repugnancia, y nos dijo : « tomaos la molestia de llegaros aquí conmigo. » Anduvimos unos veinte pasos, y acercándose á un cepillo que en el claustro habia, depositó en él los florines y añadió : « esto es para los pobres, que este destino damos aquí á las propinas que dejan los extranjeros que visitan la Universidad. — Pláceme, le respondí, en gran manera el uso que de ellas hacéis. »

Y hecha la despedida, nos dirigimos al hotel á almorzar, y lo que es mas, á disponer la continuacion de nuestro viaje, aprovechando la diligencia que á las doce salia para NIMEGA.

ZEYST.

Los hermanos Moravos.

Á las dos leguas de UTRECHT, y en medio de un vasto oquedal ó bosque de altísimos árboles sin yerba ni mata alguna, se encuentra el pequeño y lindo pueblecito de *Zeyst*, del cual no haria mencion si en él no se hallase un establecimiento digno en sumo grado de la atencion del viajero, y único de su clase que he visto,

aunque dicen que tambien los hay en Irlanda, Alemania, Dinamarca, Rusia y otros puntos.

Es una asociacion ó cofradia de hermanos *Moravos* ó *moravitas*, que en número de unos trescientos viven dentro de un edificio, llamémosle pueblo-palacio ó digámosle un *Falansterio*, semejante al de los *fourrieristas* de que hablé en el tomo I de estos *Viajes* (1).

Los hermanos *Moravos*, derivacion de los antiguos *hussitas*, ó herejes sectarios de *Juan Huss*, que como los judíos han andado emigrados y errantes de nacion en nacion y de reino en reino, perseguidos por tal gobierno, expulsados por tal príncipe, y tolerados ó protegidos por otros gobiernos y otros reyes, son en el día, al ménos los de *Zeyst*, una colonia de artesanos que viven en comunidad, dedicados á la fabricacion de varios y muy diferentes artefactos, como alhajas de oro y plata, objetos de vidriado, guantes, médias, jabon, velas y cien otras mercancías. Los edificios de la comunidad son vastos, de bella y elegante construccion, sumamente aseados, y de tal manera distribuidos, que hay departamentos separados para cada clase : los muchachos, los jóvenes solteros, los casados, los viudos y viudas, cada uno habita el cuartel correspondiente á la clase en que le coloca su estado é su edad.

El celibato es mal mirado entre los hermanos *moravitas* : en llegando á la edad nubil se hace entre ellos punto de honor el no permanecer solteros; pero ninguno puede casarse sino con una hermana de la UNION, á no renunciar á la Sociedad, lo cual equivaldria á cargar con una especie de infamia. Las clases de mujeres se distinguen por el color de la cinta con que atan debajo de la barba la cofia ó bonete que llevan todas en la cabeza. La de las niñas hasta los doce años, es color de rosa : reemplázale el encarnado oscuro hasta los diez y ocho : desde esta edad hasta que se casan vuelven á tomar el color de rosa : las ya casadas usan la cinta azul celeste, y las viudas se distinguen por la cinta blanca.

Con ávida curiosidad examinábamos los dos exclaustros españoles una comunidad de un género enteramente nuevo para nosotros. Un anciano, un sacerdote y un robusto holandés que nos habian acompañado en la diligencia, nos guiaban en aquel convento-pueblo. — « Supongo (preguntó Tirabeque) que aquí serán Vds. todos católicos cristianos. — Perdon (le respondió el sacerdote) : nosotros profesamos la confesion de Augsburgo : en los ofi-

(1) Tomo 1º, pág. 197 y siguientes.